

TRAICION O APRENDIZAJE

(Acerca de los supuestos de la crítica radical
a los procesos de evolución democrática)

HUMBERTO NJAIM

MOTIVACION DEL TRABAJO

El impulso inmediato de este escrito se encuentra en la impresión que produjo en mí un artículo de Luis Beltrán Prieto Figueroa en que traza un panorama de la historia de la democracia venezolana a partir del 23 de enero de 1958.¹ En especial me llamó la atención aquel pasaje del mismo en que al relatar la salida de URD del gobierno de Betancourt, afirma enseguida que: "Esa era la oportunidad para desembarcar también a Copei y gobernar dentro de los lineamientos del gobierno revolucionario de 1945 a 1948, pero prevalecía el concepto de conservar el gobierno manteniendo estructuras caducas y trabajando en favor de los grandes intereses monopolistas extranjeros y del país".

Creo que hubo dos cosas que me impactaron en ese pasaje. Una, muy resaltante para el conocedor de la política venezolana, era que el doctor Prieto, en un año electoral en que se había hablado constantemente de la unidad de las izquierdas y del MEP como parte fundamental de las mismas, continuara albergando una visión tan adecuada del reciente pasado. Una visión en la que se asomaba la posibilidad de AD como factor único de cambios progresistas en Venezuela.

La otra era la sencillez con que ese "desembarcar" Copei del gobierno se presentaba a la altura de 1978. Digo deliberadamente sencillez y no simplicidad, porque para mí más allá de la crítica de simplismo que se podía hacer a la explicación, lo interesante era que en

1. "El Espíritu del 23 de enero", *El Nacional*, Caracas, 24-1-78, p. 4.

una frase tan clara y tan sin ambages se me revelaba un paradigma de interpretación de los acontecimientos políticos que no se limitaba a la política venezolana. En otros contextos y respecto de otros sucesos me parecía haber oído argumentaciones semejantes: un determinado acto que no se hizo hubiera cambiado el curso de los acontecimientos. La barrera que se opuso parecía ser una traición. Los intereses podrían ser formidables, pero la traición había sido decisiva. Al mismo tiempo, y por contraposición, mi mente evocaba interpretaciones disímiles que son también moneda corriente en las discusiones políticas y que nos hablan de procesos de maduración y de aprendizaje de las duras realidades. ¡Traición y aprendizaje! En estos dos polos quedaba cristalizada una interrogante: ¿Traición o aprendizaje?

Esta última cuestión me parecía tener un alcance y un interés que iban más allá de las circunstancias de la política local. El texto y sus motivaciones concretas pasaban a ocupar un lugar secundario. Lo importante era intentar algunas reflexiones acerca de estos dos modos de considerar ciertos hechos políticos y acerca de sus fundamentos y dificultades. Es lo que me propongo enseguida, en este trabajo dedicado al maestro García-Pelayo.

INTRODUCCION: LA POLEMICA POLITICA Y LOS DOS TIPOS DE LENGUAJE

Traición y aprendizaje son dos palabras que se oyen o leen constantemente en la polémica política. Por consiguiente, puede decirse que el análisis que me propongo es un análisis de uno de los modos posibles de dicha polémica. En las condiciones particulares en que se produce, en la actualidad, la polémica política encontramos que el marxismo y la economía y sociología contemporáneas han provisto a cualquier político o analista político que tenga una formación académica media o un mínimo bagaje de lecturas de la posibilidad de emplear paralelamente al lenguaje de la cotidianeidad política otro que presenta visos de científico y que se encuentra en un plano diferente. En el lenguaje vulgar se manifiestan incontinentemente las peculiaridades de origen e idiosincrasia de quien lo emplea. En el otro tales peculiaridades nunca quedan completamente reprimidas, pero deben someterse a una apariencia de científicismo. Los productos de esta segunda modalidad pueden ser más o menos afortunados y certeros. No se trata aquí de ironizar sobre la misma, sino de constatar su existencia.

Pero además de estas diferencias en cuanto a libre aflorar o encauzamiento más o menos rígido de lo idiosincrático, encontramos en

ambos diferentes estructuras de razonamiento y un significado diferente en cuanto a lo que puedan revelarnos de la realidad política efectiva.

En el lenguaje científico o que pretende ser tal, cuestiones como la traición y el aprendizaje tienen, si es que surgen en alguna forma, una significación secundaria, puesto que parecen referirse primordialmente a factores individuales y dicho lenguaje se mueve en el campo de las grandes determinaciones impersonales que mueven la historia, la sociedad o la economía. El proceso de determinación incluye también el acto individual y lo explica y frente a él no cabe ya la condena indignada sino una actitud distante de darse cuenta de los verdaderos resortes de la situación: las fuerzas que quíerese o no guían los acontecimientos.

Sin embargo, si tal pudiera ser la orientación ideal para dicho tipo de pensamiento, el uso que del mismo se hace por parte de los implicados en la lucha política nunca es tan puro. Aun cuando se pretenda el análisis desapasionado aquí y allá surge el dicitario y se transparenta la ira. En realidad si no fuera así, tal tipo de lenguaje carecería de todo interés para revelarnos las motivaciones ocultas de la acción política concreta de quienes lo usan. Además, tendría pocas o ninguna consecuencia sobre la práctica política, porque más que el lenguaje de un hombre concreto que trata de influir sobre sus semejantes, sería una jerga impersonal que podría ser utilizada por cualquiera y al cabo terminaría produciendo rechazo y hastío.

Lo que yo postulo es que lo realmente interesante es el segundo tipo de lenguaje, aquel en que borbotean las imprecaciones en forma natural o pese a todas las represiones científicistas que quieran imponerse. Su mescolanza es la que nos revela las concepciones verdaderamente operantes en el actuar del político. Y su análisis nos puede explicar movimientos estratégicos y tácticos, alianzas y coaliciones que resultarán incomprensibles desde el punto de vista de las impersonales teorías que él dice y se dice sustentar.

IZQUIERDISMO Y DERECHISMO

Es evidente, sin embargo, que este constreñimiento al empleo de una forma impersonal y "científica" de lenguaje no se plantea de la misma forma para las dos actitudes polares del actuar político. Mientras que para la izquierda, a partir de la diferenciación entre socialismo utópico y científico, ello es un componente esencial de su definición, la derecha se mueve cómoda y directamente en el campo de la diatriba polémica. Mientras que la izquierda necesita justificarse por

emplear palabras como traición, la derecha no piensa en ello, puesto que su mundo está formado fundamentalmente por traiciones y lealtades individuales. Y en cuanto al aprendizaje solamente está incorporado en la concepción de ambas en la medida que es la otra cara de lo que cada una llama traición.

Pero a ambas actitudes es común una condena sin medias tintas del adversario que una vez compartió sus convicciones. A él no se le cree que haya rectificado de buena fe atravesando por un proceso penoso de tanteos y fracasos. Del mismo modo tampoco se le otorgará una confianza definitiva a quien haya ingresado a las propias filas abandonando las del adversario aunque, naturalmente, no escaseen los argumentos, esta vez sí, para justificar tal cambio. Constatamos, pues, de una vez, tres aspectos estrechamente relacionados entre sí: la tendencia al monopolio de la pureza doctrinaria y al hermetismo de sus filas por parte de quienes supuestamente han mantenido desde el principio unas determinadas convicciones de tipo radical; la condenación implacable de quienes las han abandonado y, por último, las reservas frente a los nuevos ingresados, especialmente si provienen del bando contrario. Estas actitudes están demasiado arraigadas en los grupos sociales para que no se manifiesten, a pesar de todas las ideas teóricas que puedan estar en contra de las mismas. Por eso decimos que el análisis del lenguaje que las expresa puede explicarnos conductas políticas prácticas que desde el punto de vista de la pura ideología resultarían absurdas. Así, en un momento dado, será más fácil, para quienes estamos hablando, aliarse con quien desde el principio ha sido un adversario declarado y consecuente que con aquel a quien se considera que ha sido un traidor, aunque en tal momento ello pudiera ser más conveniente o más comprensible. Así también se puede entender que grupos aparentemente afines puedan permanecer distanciados por barreras invisibles de animosidad y recelo más poderosas que cualquier doctrina.

Continuando con el símil entre izquierdas y derechas, podríamos decir que en estas últimas su acción política real queda encubierto por un lenguaje de insultos y denigraciones, mientras que cuando ese lenguaje se matiza y hasta adquiere tonalidades teóricas, nos descubre algún real movimiento político que se ha producido o que hay intención que se produzca; en la izquierda en cambio el lenguaje teórico encubre y el lenguaje de los argumentos *ad hominem* descubre.

El paralelismo hasta aquí establecido podría resumirse de la manera siguiente:

IZQUIERDA

Lenguaje primario de determinaciones personales.

Lenguaje secundario de determinaciones personales.

DERECHA

Lenguaje primario de determinaciones personales; empleo directo de la polémica.

Lenguaje secundario de matizaciones y distinciones, "teórico".

El lenguaje primario encubre la acción política, el secundario y las contaminaciones del primario, la descubre.

Uso constante en ambos de la idea de traición y rechazo de la de aprendizaje.

Frente a esta distinción puede plantearse la dificultad de si no se está minimizando excesivamente el papel que el lenguaje teórico desempeña en la acción real de los políticos de izquierda. A mi modo de ver existen, por supuesto, unas tomas de posición general y unos parámetros definidos por el lenguaje teórico y dentro de los cuales se mueve la acción política. Pero más allá de ello, y por la fuerza misma de las circunstancias, el uso del lenguaje teórico por parte de los políticos de izquierda, aunque sea una necesidad es secundaria. Con ello quiero decir que las más de las veces resulta, como suele decirse, una aplicación mecánica de unos razonamientos y un vocabulario particulares con alguna que otra coloratura concreta que da la ilusión de que se está teniendo en cuenta la complejidad de los hechos reales. Esto no niega que haya habido políticos de izquierda, excepcionales eso sí, que hayan sido también creativos en el plano teórico. El puente hacia la realidad se establece, lo repito, a través de otro tipo de lenguaje, no a través de las distinciones sutiles y problemáticas para la acción, de los teóricos.

1. LA TRAICION

Hasta aquí he supuesto el uso de una imputación y el distinto nivel en que se coloca según sea el bando político del que provenga. Posteriormente, al analizar la situación en que se produce la imputación y, más específicamente, quienes la utilizan, irán surgiendo otras diferencias entre izquierda y derecha, pero antes es preciso explicar en qué consiste el alegato de traición.

Quizás todos estemos de acuerdo en que al hablar de traición entendemos por ello el acto de abandono de una causa, por motivos o razones inferiores, para afiliarse a una que le es contrapuesta y que está

en conflicto con la que se abandona. Además, este acto tiene consecuencias graves para la parte traicionada y da ventajas decisivas a su enemigo.

Acto individual

Por lo general, cuando se habla de traición se alude a un acto individual. De vez en cuando tal imputación se hace a un grupo o colectividad más amplia pero, en última instancia, la supuesta traición colectiva es reductible a la traición del líder o guía del grupo, con lo cual se vuelve a la responsabilidad individual. En todo caso, me parece que el lenguaje que usa el epíteto de traición se coloca fundamentalmente a tal nivel. Los análisis que a continuación hago de la definición arriba expresada de traición arrancan de tal supuesto. Los términos compactos de la misma esconden, como en toda definición, una multiplicidad de problemas. Al mismo tiempo que nos revelan los caminos que hay que recorrer para la elaboración del concepto, pueden llegarnos a mostrar también la insuficiencia del mismo para captar una realidad compleja.

Acto voluntario

En primer lugar, encontramos que la traición es un acto voluntario. Por lo tanto, un acto por el cual se puede pedir responsabilidad. Y cada vez que se emplee el término en la lucha política no se dejará de traslucir en la indignación o en el desprecio con que se lo emplea el deseo o la esperanza de que llegará un momento de rendición de cuentas, aun cuando el traidor pueda estar en el bando de los triunfadores y disfrutando de los resultados de su victoria. Incluso algunas acciones políticas de sus enemigos pueden explicarse como intentos desesperados de acelerar por todas las formas ese momento.

Variedad de situaciones

Sin embargo, hay una variedad de situaciones, a las que se aplica el término de traición, que es necesario distinguir y en las que la responsabilidad exigida varía en cuanto a sus características. Ellas van desde la coacción hasta sus límites más extremos, hasta una necesidad real e imperativa en que se encontró el traidor, desde lo que llamaré una necesidad falsa, hasta llegar al frío y premeditado cálculo.

El ejemplo más evidente y dramático de lo primero es la tortura. El caso de necesidad real se refiere sobre todo a circunstancias en que está en juego la supervivencia del individuo y sobre todo de sus allega-

dos o de grupos enteros que, en un momento dado, puedan depender de su decisión sin que haya, como el caso de la tortura, una agresión directa a su integridad corporal. En la necesidad falsa lo que está presente es la debilidad del individuo que lo lleva a un estado de ofuscamiento en que olvida sus valores e incluso conveniencias por una ventaja inmediata y completamente secundaria. En este caso viene enseguida a la mente el caso de Esaú vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas. Aunque el acto de Esaú no puede calificarse de traición en el sentido planteado en este trabajo, porque Esaú a lo sumo se traiciona a sí mismo, no cabe duda que motivos semejantes pueden darse respecto de la traición a grupos o causas. Por último, en el "frío y premeditado cálculo" puede ser que la ventaja obtenida sea igualmente irrisoria en comparación a la grandeza de lo traicionado, pero ni siquiera se da, como en el caso del pobre Esaú, un ofuscamiento que pudiera servir de excusa. Judas es el arquetipo que inmediatamente asociamos a esta situación. El Judas de la mentalidad corriente, no el Judas sofisticado y sublimado de algunas interpretaciones literarias.

Dos interpretaciones

Frente a estos hechos podemos decir que hay dos interpretaciones posibles de la idea de traición. Una moderada distinguiría entre las anteriores gradaciones que pueden darse en el acto de abandono a una causa y estaría dispuesta a reservar su más fuerte condenación para el acto calculado y perverso que no está bajo ningún constreñimiento de tipo físico o moral ni bajo el signo de alguna lamentable y miope debilidad. Pero la otra radical, aun dispuesta en la práctica a hacer diferencias de trato entre el torturado y el medroso, entre el insensato y el calculador, consideraría que en la causa traicionada había tales valores de verdad o justicia absolutas que, en definitiva, todas las situaciones enumeradas serían reductibles a una sola y misma traición. De alguna manera se piensa que la causa es algo más que un conjunto de postulados susceptible de ser reconocidos mentalmente, también es un hontanar de fuerza para la acción y para superar cualquier vicisitud. Vistas las cosas así, ninguna necesidad, ninguna coacción pueden ser consideradas como razón suficiente para el abandono consumado. Es evidente que esta es, en definitiva, la posición de los extremistas de todos los bandos y por eso cabe hablar de crítica radical.

En pocas palabras, mientras que para una interpretación lo importante es el abandono como tal, para la otra lo importante son las circunstancias del abandono. Hay abandonos que se consuman inmediata-

mente y colocan al abandonante claramente en el otro bando. Hay otros que se disimulan y ya sea por tortura, por necesidad o por lo que fuere, culminan en un acto de disimulo buscando la oportunidad propicia para asestar el golpe a mansalva que el nuevo amo ha solicitado. Para la interpretación extremista, sin embargo, estos no son sino casos en que se revela la esencial perversidad de todo abandono a la causa justa.

Clase, nación y partido son las causas por antonomasia en nuestro tiempo, pero ellas son representadas y hechas acción por líderes y muchas veces cuando se emplea el apelativo de traición es difícil de distinguir entre la traición al líder y la traición a la causa y no se sabe exactamente de qué se está hablando. Al mismo tiempo no es difícil concebir que el liderazgo por sí mismo haya adquirido el carácter de causa, sobre todo en el llamado liderazgo carismático, y respecto de él funcionan las mismas exigencias de elevada y extrema lealtad. Ello es muy significativo, porque indica la densa atmósfera ética que rodea todas estas cuestiones, en las que no cabe términos medios ni afiliaciones puramente funcionales y de conveniencia. Por otra parte, la confusión entre líder y causa o el tomar el liderazgo en sí mismo como causa, proporciona el mejor argumento para quienes auténticamente o no quieren justificar su desprendimiento de la facción a la que pertenecían. Esto contribuye a complicar enormemente la tarea de distinguir lo falso y lo verdadero, la razón y la sinrazón entre los protagonistas de la polémica.

No es un hecho inocuo

Otro rasgo que es preciso destacar, en este momento, de la idea de traición, es que esta no es un hecho inocuo y sin consecuencias. Naturalmente que en el uso de los epítetos no se suele ser ahorrativo y se los prodiga a diestra y siniestra. Cualquier abandono a algo puede calificarse y se lo califica de traición. Pero donde la palabra adquiere su máximo valor condenatorio y sus implicaciones a veces tenebrosas es cuando lo que se considera un acto traidor ha representado una diferencia entre los contendientes. Ello ocurre así por la oportunidad del abandono y la posición clave de quien abandona. En un momento crítico, cuando cualquier cambio de los factores puede ser decisivo, afiliados a la causa que, en sí, no detentan ninguna situación preeminente, pueden ocasionar a la misma un daño grave y dar al enemigo una ventaja decisiva. Del mismo modo, el momento como tal puede no ser crítico, pero el papel dirigente del supuesto tráfuga representa un serio golpe al prestigio del grupo abandonado. O también el estar colocado en una situación especial aunque no se tenga un papel dirigente puede propor-

cionar al contrincante elementos importantes a su favor. En ambos casos la situación aunque no sea crítica puede llegar a serlo. Pero también puede ocurrir que aun siendo escaso el valor marginal del acto de abandono, las circunstancias en que se produce sean tan inicuas que se le aplique el calificativo de traición en una forma no devaluada y ligera, con toda su carga de escarnio. Expresiones como "las ratas abandonan el barco" o "unirse al carro de los vencedores" expresan la indignación de quienes derrotados tienen todavía que contemplar el desprendimiento de seguidores insospechados o de algunos por ellos inadvertidos que sólo en este momento logran darle un triste relieve a su insignificancia. A la inversa no será tan implacable el juicio si la defección se produce en el momento del máximo triunfo o, como vamos a ver enseguida, sin ventajas aparentes. En tal caso la indignación será sustituida por una piadosa conmiseración, o una sorprendida perplejidad, y quien en otra ocasión sería considerado como traidor, se está dispuesto a concederle que es un equivocado, un extravagante o un perturbado.

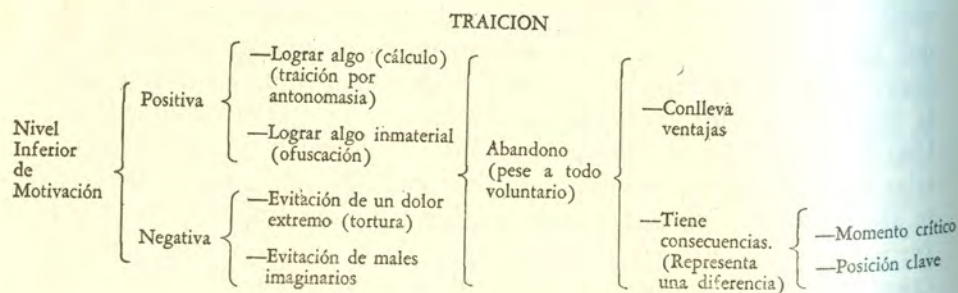
La ventaja

Todo lo anterior me lleva a detenerme un poco en el factor ventaja. Sea cual fuere la situación ambiental presente (coacción física, desnuda necesidad o perturbación momentánea ante una privación), sea que el acto provenga de una fría reflexión; cualquiera que sea la oportunidad en que se produzca, el acto de traición reporta un provecho. Este provecho puede ser grande o pequeño, puede consistir en una recompensa positiva o simplemente en el desembarazarse, real o aparente, de una intolerable angustia o de un oprimente miedo. Sea lo que fuere, tales ventajas se colocan en un nivel inferior de valoración ética: la inmediata utilidad, el lucro, la pura y mezquina supervivencia, la liberación de los fantasmas generados por la propia debilidad, etc. Uno de los problemas, sin embargo, que se presentan es que tales ventajas buscadas pueden no darse efectivamente. No me refiero únicamente al caso por lo demás frecuente, en que el traidor tropieza con el desprecio o la desconfianza a veces fatales de quienes favorece. En tales casos la búsqueda ansiosa y frustrada de la recompensa es evidente para todos. Pero también, hay otras circunstancias en que los móviles no son tan evidentes: la complejidad del personaje traidor, o un disimulo que se hace en el momento oportuno para no perder cara o una habilidad especial para racionalizar los móviles y lograr además que algunos incautos acepten tales racionalizaciones. El ojo experto o supuestamente experto, en traiciones determinará, sin embargo, la verdadera razón que

impuso el acto. Se dirá entonces que fue la ventaja rastrera la verdadera motivación.

En este plano sumamente difícil de investigar de las motivaciones puede ser que el verdadero móvil de un abandono haya sido una convicción profunda acerca de lo caduco de una causa. Pero cualquier vislumbre de ventaja que pueda percibirse bastará para descalificar tal alegato. Si tal vislumbre no existe se lo inventará o se dirá que el supuesto traidor no fue recompensado por sus amos. Afiliarse a una causa es cuestión muy seria, como puede comprobarse en el acto de abandono. Y como no se procede exclusivamente por motivaciones internas nobles sino también para públicos, el problema se complica porque aquí hay dos: el público abandonado y el público que recibe o en que se quiere ser recibido. Esto puede llevar, a veces, a la renuncia de ventajas o la búsqueda de una oportunidad para el abandono en que éstas no parezcan existir. Sin embargo, siempre se quedará mal, porque aun cuando quede demostrado que no existen ventajas, los abandonados no quedarán convencidos y las dificultades en la asimilación al nuevo grupo continuarán. En el plan político, esta vacilación en vista a los públicos puede llevar a quitarle eficacia a ciertos abandonos que deberían realizarse a toda costa, si es que se quiere salvar algo más que un mero prestigio personal.

Quisiera compendiar buena parte de lo dicho anteriormente en el siguiente esquema:



Tipos de conflicto

La traición supone un conflicto, unas partes antagónicas que se enfrentan. Cuando hay un conflicto pocas cosas de las que ocurren entre las partes son inocentes. Es difícil demostrar que no ha habido

traición cuando seguramente ha habido instigadores a ella, instigados y actos y ocasiones de instigación. En el conflicto político extremo o existencial puede estar en juego la vida a cada momento. Situaciones como la agresión física como medio de presión o la manipulación más inmisericorde de las necesidades de quien se quiere hacer claudicar se repiten con frecuencia. Por otra parte, en el caso de quien defeciona por un puro y cínico cálculo de conveniencias la peligrosidad de las consecuencias de su acto no significa que se trate de un valiente. Porque, en efecto, lo usual es que actúe en el momento de menor riesgo, aprovechando el descuido o la impotencia momentánea del traicionado; se actuará justamente "a traición", buscando la oportunidad propicia. Esto contribuye a darle a la traición sus cualidades más torvas y éticamente condenables. En unas condiciones tan extremas de lucha parece fácil distinguir los distintos casos de traición. El problema se presenta cuando el conflicto no es tan extremo y se arrastra a través del tiempo sin un desenlace definitivo y los adversarios se ven obligados a algún tipo de coexistencia. En tales condiciones, la convicción en la absoluta bondad de la propia causa se ve confrontada con incontables peripecias y el uso de los calificativos no es tan claro.

En efecto, cuando se trata de un antagonismo en que los frentes están claramente delimitados, la acusación y sospecha de traición puede decirse que son unánimes en el bando traicionado: coinciden en ella jóvenes y viejos, valientes y cobardes, extremistas y moderados. El que se coloque al margen de la contienda será víctima del escarnio y la infamia.

El conflicto por la misma intensidad que lo caracteriza excluye una prolongación indefinida: en algún momento cercano debe producirse el desenlace que zanjará definitivamente la contienda, la derrota o el triunfo y con este último, el ajuste de cuentas con los traidores.

Pero puede ocurrir también que el conflicto existencial se vaya transformando de una forma inadvertida para los contendientes que, para su gran sorpresa, tienen que reconocer un día que no es posible un desenlace definitivo en un tiempo previsible y que, sin negar su antagonismo están obligados a buscar alguna forma de coexistencia.

Estas situaciones se presentan en conflictos aparentemente irreconciliables, tanto entre naciones como en el seno de una misma nación. En el primer caso sería posible quizá distinguir entre la situación en que se producen repetidos enfrentamientos en los cuales puede haber vencedores y vencidos, pero no hay una victoria completa y definitiva de ninguno de los contendores. Sin embargo, puede ocurrir también que a pesar de que se produce una victoria, la imposibilidad material de eliminar com-

pletamente al vencido, o una situación de equilibrio de fuerzas o sencillamente limitaciones éticas, frenan a los vencedores y los obligan hasta a ayudar que no perezca o se extinga definitivamente.

También en el seno de una nación la lucha entre grupos contendores puede llegar a situaciones parecidas. En este caso, sin embargo, los lazos de solidaridad reales y potenciales son más fuertes que en el conflicto entre naciones. Sólo que cuando se rebasa el resultado puede ser terrible y la destrucción del adversario más completa. Con razón se dice que nada hay más terrible que una guerra civil. Pero aun cuando no se llegue a tal extremo puede haber un conflicto latente inherente el hecho de que uno de los contendores o ambos se crean en la posesión de una verdad absoluta porque se encuentran en el sentido de la historia y son portadores de un nuevo orden o son los representantes del verdadero patriotismo o la verdadera justicia.

Esto puede conducir a una última y decisiva confrontación. O esta puede no darse y ninguna de las partes lograr sus aspiraciones máximas, sino que se inicia un proceso de evolución en que los enemigos representantes del viejo orden no han sido barridos pero en que tampoco puede decirse que el mismo perdura.

Aunque en el curso de este ensayo hago alusiones repetidas a la confrontación entre naciones, lo que más me interesa en este tema es esa particular forma de evolución, de convivencia entre adversarios que se produce en los procesos democráticos en el seno de una nación y la forma cómo en ellos se plantea el problema de la traición y el aprendizaje.

A lo largo de las diferentes sociedades políticas donde se constatan estos procesos, las acusaciones y los roles que desempeñan los diferentes actores son tan similares que casi se diría que se trata de la misma pieza representada en distintos escenarios.

Aquí y allá, a los períodos de acomodo y aparente compromiso en el bando radical se suceden sorprendentes resurgimientos de los planteamientos más extremistas. Aquí y allá podemos ver jóvenes iracundos que cuestionan las transacciones en que se basa el nuevo orden y ancianos respetables que son consecuentes hasta el final o mueren aislados o encuentran un nuevo auditorio que los oye entusiasmados y es como un premio final a su perseverancia. Ya los analistas agudos podrán demostrar las contradicciones internas de la doctrina o su inadecuación a la realidad. Sin embargo, el ansia de afirmaciones absolutas y transformaciones rápidas y radicales hará que siempre perduren grupos que mantendrán la bandera de la doctrina en su forma más extrema. A pesar de que puedan escribirse gruesos volúmenes, cuando la nación

o el grupo tienen un resultado adverso, probando que de no haberse dado cierto paso las consecuencias hubieran podido ser peores, sin embargo el resultado adverso está allí frente a la cara de todos y es más fácil enarbolar ese resultado como evidencia de la traición que estar a cada momento repitiendo una cadena de razonamientos frente a los vociferantes e incontaminados.

Pero cualquiera que sea el tono de las acusaciones y el grado de indignación impotente que la inspira, en el caso que estamos tratando no hay una catástrofe que haya destruido a los acusadores actuales o potenciales. Estos continúan subsistiendo y por tanto siempre está presente la posibilidad de la acusación. Esta puede todavía llevar a actos de violencia o sublimarse en testimonios literarios en que se expresa la amargura y la decepción de una generación. Pero lo cierto es que para satisfacción de unos y desesperación de otros, se ha iniciado un proceso que, con Bowlding, podemos llamar ecológico. Así como en la naturaleza la interacción de especies de un *habitat*, así en la sociedad la de ideologías, instituciones y grupos produce cambios imaginados e inesperados. Al cabo de un tiempo suficientemente largo, los supuestos de la idea de traición pueden haberse alterado completamente. ¿Cuál es la causa abandonada si ésta se ha transformado y los que antes habíamos considerado enemigos hasta han adoptado partes de ella? ¿Cuál es el abandono si muchos objetivos antes considerados inalcanzables se han logrado? ¿Cuáles son las circunstancias críticas en que el enemigo ha obtenido ventajas decisivas, si lo que puede observarse es un monótono y mediocre ondular de acontecimientos sin picos coyunturales en que se agudicen los antagonismos? y finalmente, ¿dónde está el enemigo?

Sin embargo, es difícil que tales situaciones de cambio ecológico se den en forma tan pura. En la sociedad y en la vida política constantemente estamos bordeando la crisis y hasta la catástrofe. Se dan estados que parecen aproximarse al cambio ecológico, pero nunca se puede estar seguro de que los argumentos que lo alegan no pasen de ser un arma y una ideología más en la lucha subyacente. En todo caso es de por sí significativo que hayan podido darse un espacio o una pausa donde puedan aparecer y jugar un papel tales argumentos. Ya se trate de una realidad o una ilusión es interesante examinar la dinámica de las ideas de traición y aprendizaje en tal momento frágil o perdurable.

Entre el conflicto irreconciliable y la negociación, el grupo atraviesa por una serie de etapas que ya llevan en germen y presagian las divisiones polémicas que lo sacudirán. Un estrato dirigente del mismo se da cuenta de que ya no es posible obtener la victoria absoluta que a

los seguidores se les había acostumbrado a esperar. ¿Cómo transmitir esta conclusión sin producir una desmoralización general en las propias filas? Entonces, al lenguaje directo que continúa hablando en términos de la confrontación radical se superpone un segundo lenguaje que al mismo tiempo contiene mensajes indirectos para el enemigo y va preparando para el paso considerado necesario e inevitable. Este lenguaje de mensajes indirectos está constituido por actos que se dejan de hacer y que representan omisiones significativas, por la oportunidad en que otros se realizan, porque otros coinciden significativamente con los del enemigo, porque el lenguaje directo, a pesar de que continúa siendo incendiario sin embargo respecto de determinados asuntos, se matiza en forma antes desconocida. Al mismo tiempo que esto ocurre, grupos que no forman parte de las filas dirigentes pero que se han entregado a la causa con un compromiso absoluto hipersensibilizados por este compromiso perciben, quizá antes de que el mismo enemigo, la oferta de negociación implícita en los mensajes y empiezan a ponerse en guardia contra lo que les parece un engaño en marcha. La forma en que van a plantear su alarma va a cumplir, sin embargo, y en forma cruelmente paradójica, una función importante en los mensajes que se están dirigiendo al enemigo. En efecto, el enfrentamiento que se produce con los extremistas del propio bando es otra demostración más de las intenciones que hay de buscar un acuerdo. Además, en lo que a las propias filas respecta, como quiera que el conflicto continúa, esos vociferantes y cuestionadores del liderazgo establecido ponen en peligro la suerte misma de la lucha. Una vez expulsados será más fácil transmitir y convencer a la masa de seguidores sobre la necesidad del repliegue. Una vez consumado el cambio en la orientación de la lucha, los execrados encontrarán en ello una confirmación de la verdad de sus sospechas y todavía podrán ver engrosar sus filas con nuevos contingentes de quienes hasta el final no quisieron dar crédito a sus argumentos sobre la traición que se preparaba.

Al final se habrá establecido una tradición y una mitología del engaño consumado. Esta tradición hasta cierto punto es invencible porque se alimenta de la comprobación intolerable de un revés. El repliegue que se produjo se basaba, por otra parte, en una argumentación situada en un aquí y ahora. Por lo tanto, siempre se podrán alegar otras circunstancias que hubieran justificado un paso diferente: la continuación de la lucha. La derrota se produjo porque faltó aquella última resistencia que lo hubiera cambiado todo o no se usaron aquellas posibilidades que la intención conciliatoria en marcha impidió ver. Y en este momento entra a funcionar todo el razonamiento sobre traición

que he descrito anteriormente. La sombra de Esaú o la de Judas están presentes: se trató de una debilidad incapaz de exigirse el último esfuerzo o de una "venta miserable al mejor postor".²

La tradición y la mitología continuarán alimentando más contingentes de adictos hasta que se produzca un nuevo planteamiento de la lucha y quienes "mantuvieron en alto las banderas" adquieran una nueva vigencia o el proceso ecológico continúe y en forma paulatina lo que fueron rencores insalvables se transformen en recuerdos sobre los que se escriben libros de historia u obras de ficción. O simplemente los protagonistas de tan encarnizado enfrentamiento se hayan sobrevivido a sus propios rencores y sus energías ya no les alcancen más para la lucha. Entonces puede que, según las circunstancias, sean relevados por otros contendores venidos de las nuevas generaciones. Estos se basarán en el resquicio de duda que siempre quedó respecto del acto cuestionado o en la interpretación absolutista de la causa o la doctrina ante la cual siempre resultarán pálidos los resultados y avances obtenidos. Frente a cada nueva generación, en efecto, los viejos siempre estarán incursos en flaqueza hasta que ella nuevamente sucumba a la misma ley ante sus sucesores.

Detrás de las acusaciones de traición y la forma irreconciliable como éstas dividen a antiguos aliados y camaradas, hay siempre una conmoción de la grande o pequeña historia que ha sacudido muchas vidas. Los que son acusados, aun cuando resultaren absueltos ante el tribunal de la historia, no podrán negar que con algunos de sus dichos y hechos alentaron expectativas y alimentaron esperanzas con las cuales quedaron luego inextricablemente enredados. Probablemente después, al tratar de desembarazarse del cerco que ellos mismos se tendieron, en la estrategia y la táctica del viraje que tuvieron que desarrollar frente a sus mismos seguidores incurrieron en injusticias y hechos turbios que hicieron más difícil defender sus razones. Todo ello contribuye a quitarle verosimilitud y autoridad moral a cualquier interpretación que asome la posibilidad de que, en los procesos amargamente condenados por unos se verifique, en realidad, un penoso rectificar a través de errores que han conducido a una visión más justa de la realidad, esto es, un aprendizaje.

2. EL APRENDIZAJE

El término aprendizaje tiene una serie de connotaciones técnicas en la actualidad que son producto de la psicología conductista. De tal

2. Entrecómillo expresiones que considero estereotipadas y no necesariamente falsas.

concepción retengo, como punto de partida, la expresión de Skinner de que el aprendizaje es una conducta determinada por sus propias consecuencias. Desde este punto de vista, quizá lo interesante es que se producen cambios sea cual fuere la forma como se pretendan interpretar o presentar. Pero por otra parte, en el caso de las conductas humanas no solamente podemos comprobar que la conducta cambia, sino también el conjunto de ideas que guían tal conducta, aunque a los involucrados muchas veces les sea más conveniente que este cambio de ideas quede oculto. Tales cambios pueden efectuarse en forma casi insensible, si es que no se lleva un registro minucioso a lo largo del tiempo. El caso del cambio total y de una vez es más bien raro.

En el contexto político, por contraste, es interesante ver cómo el primer plano lo toman las interpretaciones y reacciones frente al cambio de las conductas políticas y cómo lo que puede haber sido un proceso paulatino en una u otra forma se lo concibe como bruscas soluciones de continuidad, una de las cuales es la traición.

Todo esto es comprensible si se tiene en cuenta que en general en el campo de la acción se trata de hacer triunfar en forma militante las propias concepciones más que comprobarlas. Y en particular que en la política ideologizada del siglo XX abundan las causas con carácter absoluto que, por su misma naturaleza, excluyen tal comprobación.

La interpretación de aprendizaje es, en la polémica política, un ingrediente complementario de la interpretación de traición. Pero difícilmente se la encontrará formulada tan expresa y lapidariamente como esta última. Los que efectuaron el viraje, en efecto, están más bien interesados en demostrar que desde siempre abrigaron las ideas que los condujeron a tal paso, siendo lo otro expresiones intemperantes producto de la inexperiencia o la juventud. Los que acogen al amigo que no proviene de sus filas están demasiado embargados de satisfacción como para manifestar algo más que un gozo conmovido. Y los que se consideran víctimas del viraje están, desde luego, demasiado lejos de aceptar explicaciones más o menos piadosas o incisivas.

Puede haber también quienes hasta cierto punto marginados de la contienda, elaboren interpretaciones doctrinarias en que, sin mencionar directamente la palabra aprendizaje, sea tal, en el fondo, el fundamento de argumentación. Esta es una función muy importante de los intelectuales consagrados a la causa. Ellos podrán decir en forma más abierta, lo que a sus políticos les está vedado, pero singularmente en lo que dicen siempre hay una última ambigüedad producto de la profesión de fe política de que parten. Esta ambigüedad consiste, a mi modo de ver, en la forma sutilmente velada de sus expresiones y en la que no

se termina por saber qué es lo que queda o no en pie de los dogmas y de las figuras del panteón de notables que de una u otra forma los han representado. Esta característica se acentúa, desde luego, si los intelectuales están muy cercanos a la actividad política y aspiran a tener una repercusión práctica y personal en ella.

Cambios y virajes se dan en todos los sectores de la vida, pero en el campo político, igual que en el religioso, difícilmente escapan al calificativo de traición. Aun cuando hubiera elementos que abonaran la interpretación de tales cambios como comprensión de errores cometidos y su consecuente rectificación, sin embargo los actos políticos están gravados de consecuencia que afectan a otros seres. Como se ha dicho anteriormente hay quienes, de buena fe, tomaron al pie de la letra todas las palabras y promesas formuladas. Hay quienes luego se sintieron manipulados en un proceso de rectificación que consideraron turbio. Hay enfrentamientos con los disidentes que pudieron sembrar de injusticias y hasta de muertes el camino de la rectificación. En tales circunstancias, por lo tanto, difícilmente están excluidos los elementos emocionales, las lealtades interpersonales rotas y las connotaciones valorativas y éticas.

Sin embargo, al querer analizar desapasionadamente los supuestos de estas convicciones encontramos, como dije antes, que uno de ellos es la creencia en la verdad absoluta, esto es la fe en una causa secular. Cuando hay una lucha a vida o muerte esta fe cumple una función esencial de supervivencia. Sin ella probablemente no se podrían resistir los embates inclementes de las batallas que se libran. Pero cuando el combate se alarga en el tiempo sin la perspectiva de un resultado cierto y próximo o cuando el combate se realiza en base a reglas que permiten la coexistencia de los adversarios, entonces existe la posibilidad vital e intelectual de desenmarañar toda esta compleja mezcla de emociones, condenaciones y actos. La pretensión absolutista de la causa salta a la vista como un presupuesto cuestionable. Es posible tener una visión más serena de los incidentes que acompañaron a la rectificación. Estos pueden haber sido dolorosos, pero no habiéndose llegado al último extremo concebible, es posible distinguir entre lo principal y lo accesorio. Lo principal es el darse cuenta de las insuficiencias de lo que hasta entonces se había sostenido. Lo accesorio es la forma, más o menos afortunada, como esto haya podido realizarse. En el trecho podrán haber quedado víctimas, pero siempre se podrá alegar que hubiera sido mayor el desastre de lo contrario.

Pero si la causa es absoluta, poco en realidad es lo que se podrá rectificar. Paradójicamente contribuye a reforzar la impresión de traición el hecho de que, como dijimos anteriormente, quienes rectifican difícilmente lo hacen de forma abierta. Siempre alegarán que se trata de una interpretación más correcta de la doctrina. Como, por otra parte, ellos mismos partían del carácter absoluto de la causa, difícilmente pueden negarlo. Tal punto de arranque les veda la idea de la rectificación y del aprendizaje.

Pero si esto es así, ¿por qué habían de ser ellos, que ostensiblemente han cambiado, mejores representantes de la causa, que los zelotas que la sostienen incólume?

Por otra parte, los políticos no tienen tiempo de interpretar sus cambios como aprendizaje. Ello requeriría especificar en qué han cambiado, qué han cambiado y hasta dónde se extiende el cambio. Esto se aplica especialmente a los políticos que nunca han demostrado una especial inclinación por la ideología o doctrina. Pero aquellos que sí se caracterizan por tal rasgo en los casos de repudio más extremo de sus anteriores posiciones, se encierran en una negación global que puede encontrar su justificación en cualquiera de los libros o teorías en boga que niega la causa a la cual pertenecieron antes. O quieren conservar su vínculo doctrinario y, particularmente sensibles, a la acusación de traición, se esforzarán por demostrar que su interpretación de los eventos y sus conductas son las más acordes con la doctrina que se les enrostra haber abandonado. Antes que de rectificación preferirán hablar del enriquecimiento de la misma, de que no la han rectificado sino que la han completado, que ella tenía aspectos oscuros o no tomaba en cuenta realidades hechas patentes en la evolución histórica.

Sin embargo, pese a que se lo quiera ocultar o sublimar de muchas maneras, la interpretación de la conducta política como aprendizaje está implícita en todas estas manifestaciones. Cuando, por ejemplo, se usan fórmulas que aluden a la inmadurez como la causa de muchos errores cometidos anteriormente, éstas contienen una idea de aprendizaje. Se trata de una madurez que no consiste, simplemente, en la actualización de una potencialidad por el curso del tiempo, sino en un darse cuenta activo de las consecuencias de las propias acciones, de cuáles debían ser los rumbos y trayectorias a ser tomados. Pero aquí se dirá nuevamente que se trata más bien de una rectificación de estrategias que de un cambio en las concepciones mismas que fundamentaron tales estrategias. En un tener en cuenta de las circunstancias más hábil y flexible sin negar los postulados fundamentales. Debe aclararse que no se intenta negar el que estas interpretaciones puedan ser verdaderas en

determinados casos, sino en constatar que la forma tan generalizada como se presentan y la casi completa exclusión de interpretaciones que directamente acepten la noción de un aprendizaje respecto de la misma doctrina es, de por sí, un síntoma de la creencia que no acaba de abandonarse (o no se considera conveniente abandonar) en el carácter absoluto de esa doctrina e indirectamente un homenaje que se rinda a los que a todo trance lo han sostenido y acusan implacablemente de traición.

RECAPITULACION

En este momento parece conveniente recapitular esta exposición en los siguientes términos:

- 1) Existen en la vida política concepciones de carácter absoluto. Esto es, que postulan determinadas conductas que lleven al completo triunfo y a la eliminación del adversario.
- 2) Existen quienes creen que tales conductas son las más fieles y coherentes con dichas concepciones.
- 3) Se dan situaciones en que una u otra forma se puede coexistir con el adversario o es preciso hacerlo.
- 4) En tales situaciones no sólo cambian las conductas sino también las concepciones.
- 5) Hay quienes entienden ese cambio como traición.
- 6) Hay quienes lo entienden de diferente manera, que aunque no expresada en forma tan directa, lleva a inferir un aprendizaje.
- 7) Se puede establecer la siguiente comparación entre ambas concepciones:

Concepción de los cambios de posición política como aprendizaje

Se parte de una doctrina como guía de la acción política, pero la realidad lleva a modificar sus detalles y hasta la misma concepción.

Aunque no se lo reconozca abiertamente, se comprueba un cambio en el comportamiento político que afecta las bases mismas de la doctrina de la cual se partió.

Concepción de los cambios de posición política como traición

La doctrina es verdadera. Las dificultades que se presentan a su imposición provienen de los intereses que lesiona y no de su inadecuación a la realidad.

Antes que cambiar es preferible negar cualquier necesidad real de cambio.

No todo proceso de abandono de una causa es traición.

Quien abandonó la causa sólo pudo haberlo hecho por algún tipo de traición abierta o velada. No porque la doctrina sea incorrecta, sino porque cedió ante alguno de los numerosos obstáculos o intereses que se le oponían o, en definitiva, porque prefirió la tranquilidad y seguridad a la lucha.

Sin embargo, ni siquiera aquellos que con su conducta más se arriesgan a ser enrostrados de traición, están dispuestos a reconocer abiertamente un aprendizaje.

La razón parece ser, en primer lugar, que en ciertas condiciones y épocas se considera que relativizar los absolutos políticos puede conducir a una pérdida del entusiasmo, sin el cual no es posible hacer nada en política.

A este respecto hay que distinguir entre quienes:

—Dicen continuar compartiendo la concepción.

—Los que niegan continuarla compartiendo.

En el caso de los primeros, se crearían dificultades en las propias filas si se produjera un reconocimiento expreso y evidente del aprendizaje. Para hacer aceptar el cambio hay que recurrir a formas indirectas y hasta disimuladas. Estas formas refuerzan en otros la idea de traición.

Todavía en el caso de los primeros hay que distinguir entre quienes tienen vocación doctrinaria y quienes no la tienen, y los intelectuales. Estos últimos expresarán el cambio como cuestión de enriquecimiento o completamiento de la doctrina, no como modificación sustancial de la misma. Con ello también le proporcionan armas a los que sostienen la interpretación de traición. Pues éstos desde una posición de afirmación más radical de la doctrina se sentirán con más autoridad para juzgar qué es sencillamente claudicación. Si no se tiene vocación doctrinaria no se hará mayor esfuerzo por justificar el cambio.

Los intelectuales realizan interpretaciones en que tampoco es clara la idea del aprendizaje.

Los que no continúan compartiendo la concepción y tiene cierta vocación para justificarse teóricamente, la niegan completamente pasando de un absoluto a otro o se refugian en los libros y doctrinas sucesivamente en boga, queriendo dar una impresión de abiertos y actualizados.

Otros se retiran de la política, tienen entonces tiempo y ocio para interpretar sus hechos, pero o no lo hacen por haber quedado muy lesionados por los acontecimientos, o lo hacen pero sus ideas quedan sustraídas al torbellino de la discusión. Sin embargo, en estos últimos casos se pueden hallar fuentes muy interesantes para la interpretación de aprendizaje.

Para poder desentrañar qué es lo que ha cambiado y en qué medida el analista tiene que descubrir todo un complejo ritual de ocultamiento en que los mismos personajes participantes terminan por no saber qué es lo que ha ocurrido. Este descubrimiento ha de inquirir entre testimonios interesados de diferente tipo, argumentaciones apolo-géticas, razonamientos barrocos de los intelectuales de partido y también las manifestaciones de los que con mayor vehemencia esgrimen el argumento de traición. Precisamente porque éstos han escogido una vía de coherencia implacable son particularmente sensibles a los mensajes ocultos y las negociaciones implícitas que tanto emisores como receptores tienen interés en destacar y quizás ni hasta a sí mismos se confiesan. Naturalmente que la interpretación puede concluir mostrando la necesidad de lo que aquéllos califican de traición.

3. NI TRAICION NI APRENDIZAJE

En este momento en que el autor se encuentra en límites de espacio que no debe traspasar, confiesa que el tema lo ha desbordado. A lo largo de su desarrollo han surgido vericuetos y ramificaciones que hubiera sido interesante explorar, pero por ahora sólo queda expresar unas conclusiones provisionales de toda esta disquisición.

En el largo plazo no sólo todos estamos sepultados, sino que también todos hemos cambiado. No sólo los que en una u otra forma dicen que han aprendido, sino también los que, según ellos, se negaron a aprender. No sólo los traidores, sino también los que acusan de traición. Un proceso democrático, suficientemente largo y persistente, pondrá esto en evidencia mucho antes de la sepultura. Y, quizás la aversión por tales procesos de los extremistas de toda índole no sólo se debe a que están lejos de realizar sus anhelos, sino también porque oscuramente temen atravesar los vericuetos de mediocridad que se harán patentes.

Traición y aprendizaje tal como los hemos descrito suponen un dominio de los acontecimientos, por parte de los actores políticos, más allá de lo que los hechos históricos permiten suponer. Si hay algún aprendizaje habrá que concebirlo, más allá de las ilusiones, en forma

muy parecida al aprendizaje animal como selección natural de aquellas conductas más adecuadas en un determinado momento y dado un determinado ambiente. Si hay traición ésta es un proceso más complejo al que ni siquiera los mismos acusadores escapan.

Los casos definitiva y tajantemente claros de traición y aprendizaje, en el sentido descrito, existen, pero más importante es la caudalosa ambigüedad del acontecer histórico. Este nos exige hablar de traición y de aprendizaje, pero también de unas cuantas cosas más como, por ejemplo, el azar y el destino.